

Violencias de Estado

La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global*

Mario Rufer**

Hace algunos años, en una entrevista realizada a Zine Magubane, la reconocida politóloga sudafricana declaró lo siguiente en forma de interrogantes:

Lo que falta en el pensamiento político contemporáneo son investigaciones en los márgenes y en diálogo con los centros hegemónicos actuales, que nos permitan a los sudafricanos, indios, bolivianos o marroquíes comprender de qué forma el Estado está reconfigurando su poder con base en la exclusión, de qué manera la metamorfosis actual de la modernidad no está marcada por su ocaso ni por una extrema racionalidad sino por elementos contradictorios pero funcionales que conjugan una refundación de las violencias gubernamentales con la persistencia de los mitos de ciencia y desarrollo. Necesitamos entender de qué manera el Estado contemporáneo, y sobre todo el del tercer mundo, es amenazado por fuerzas paralelas a las que se acomoda paulatinamente y extiende su soberanía pactando con ellas, acoplándosele, definiendo nuevos enemigos internos, identificando poblaciones desechables, haciendo maleable la fuerza de la ley, transformándose una vez más en un difuso mecanismo de diferenciación, indiferencia y muerte [Magubane, 2004:14].

Pienso que, de muchas maneras, el nuevo libro de Pilar Calveiro encaja en la demanda que hace Magubane: *Violencias de Estado* se centra en discutir estos puntos –entre muchos más–. A continuación, presento tres estampas de lo que –para mí– son los puntos centrales de este libro, no sólo como unidad textual sino con respecto a lo que se ha escrito sobre Estado, violencia y orden global –aunque no conozco todo, por supuesto.

* Reseña del libro *Violencias de Estado. La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global* de Pilar Calveiro.

** Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco [mariorufer@gmail.com].

Estampa 1. Teorizar el Estado desde las periferias

Timothy Mitchell advierte que tomar en serio la noción de modernidad en el “sur global” –para usar una expresión más en boga que la de “tercer mundo”– significa pensar que aquí la modernidad no es ideológica ni ilustrada ni racionalista sino sólo y a través del Estado, de un Estado que se implanta desde el inicio como excluyente, contradictorio y tutelar. El libro de Pilar Calveiro es un excelente testimonio de esto. Al inicio del texto, la autora nos dice: “En este trabajo se analiza la intensidad y las formas de la violencia estatal en tanto núcleo duro del sistema hegemónico –coerción revestida de consenso– así como su impacto sobre los cuerpos concretos de los sujetos”(Calveiro, 2012:3)

Desde las celebradas teorías sobre la decadencia de la matriz estadocéntrica, la historia contemporánea y su teoría política habían atendido la tesis sobre la preeminencia de la economía sobre todas las demás esferas de la existencia, pero dejaron de colocar el acento en la dimensión simbólica de los procedimientos económicos y, fundamentalmente, en la necesaria reorganización de los sujetos. En efecto, el capital global muestra la impotencia del Estado para cerrar sobre sí mismo esa regulación, pero también se desatiende la capacidad de los Estados periféricos para convertirse en rostros de Jano, ambivalentes, maleables en su aparato burocrático, capaces de sostener el discurso de las libertades, la fluidez y el ablandamiento de la soberanía mientras reponen energías en tipos específicos de violencia, en administración rígida de ciertas poblaciones y en acoplamiento corporativo con las fronteras que dividen las ganancias; definen los sujetos desechables entre la mano de obra más barata o el encierro temporal y sus agentes tienden redes con organizaciones criminales, al tiempo que libran una batalla específica sobre el ordenamiento de los ilícitos, revestida de retórica de seguridad.

En este sentido, el libro de Calveiro abre la pregunta central sobre las modalidades de excepción en los Estados, dando vuelta hacia la periferia mexicana la salvedad inaugurada por Benjamin sobre la excepcionalidad como una regla sobre la que se funda el síntoma moderno. Algunas de las tesis centrales del libro están organizadas al amparo de lo que Calveiro denomina “una reorganización hegemónica a nivel global” –para lo cual fue necesario que el Estado paulatinamente se corriera de su rol de regulador social, se vaciara

políticamente con las cuentas dictaduras de los años 70 y mantuviera luego una bifronte característica “democrática”, que, por un lado, dio vía suelta a la posibilidad de aplicar la violencia discrecionalmente y, por otro, descentró el carácter nacional de los circuitos que habilitan las economías políticas, de manera que se dio cabida a una recomposición de la hegemonía representada principalmente por la corporación transnacional.

Esto no quiere decir que nadie haya advertido antes la centralidad de la corporación como el nuevo escenario desde el que se articulan las necesidades del capital. Lo central del libro –creo– radica en volver a poner el énfasis en que la corporación *necesita del Estado*, que el Estado desplazó algunas funciones pero adquirió otras irrenunciables, como el desplazamiento siniestro de su función weberiana de administrar poblaciones por una función biopolítica –ya definida por Foucault–, y que las periferias de la modernidad son el escenario que permite hacer coexistir, sin demasiado problema, el discurso formal de la democracia con la emergencia de políticas casi homeostáticas de biopolítica: hacer vivir, hacer trabajar –como lo decida esa connivencia entre Estado y capital transnacional–, empujar y también limitar los desplazamientos, encerrar periódicamente. La guerra contra el terrorismo es la estrategia con figura jurídica que el nuevo orden internacional utiliza para frenar las amenazas a este orden desde otras economías simbólicas y otros imaginarios político-religiosos –y digo otros, porque nadie podría negar que hoy en día la connivencia entre democracia y capital esté gobernada por un sustrato norteamericano de fundamentalismo democrático cristiano.

Ahora bien, si esas son las condiciones de existencia de la guerra contra el terrorismo, la estrategia de la “guerra contra la inseguridad y el crimen organizado” es justamente permitir que los Estados periféricos como México –en los que nunca existió un orden acabado de ciudadanos como plenos sujetos de lenguaje y sujetos de derecho, sino que estuvieron ordenados siempre jerárquicamente por una modernidad colonial encarnada en un histórico Estado tutelar que camufló la perpetuación de la exclusión con una teoría racista de la temporalidad de la nación– coronen esas estrategias de diferenciación con una aritmética del encierro, con el aumento de la penalización en las clases ya siempre abandonadas a la sombra de la modernidad y con la criminalización de casi cualquier forma de protesta. Calveiro muestra que todas las estrategias de ductibilidad de la ley con

respecto al crimen organizado permiten la persistencia de otro camuflaje, aquel que oculta que esa figura de crimen organizado logra encastrar los engranajes de su organización justamente a partir de lo que ese nuevo orden estatal y jurídico maleable habilita: la connivencia de las grandes mafias con poderes políticos, judiciales, policiales y fácticos. En este sentido, con una precisión y meticulosidad apreciables, *Violencias de Estado* muestra no sólo que la excepción es la regla, sino que esa regla está entrampada en nuevos mecanismos de enunciación, en la acotación de las definiciones que marcaron la teoría política del siglo xx –como la tortura–, en la disociación de las guerras actuales con respecto de las históricas, cuando un código de guerra admitía límites y regulaciones. La excepcionalidad es una estrategia simbólica precisa que utiliza los imaginarios más arraigados de la modernidad para justificarse, parodiar su negación e insertar ante un peligro supuesto aquello que de otro modo sería injustificable en la racionalidad ilustrada, democrática y liberal.

Estampa 2. **La temporalidad como una dimensión política**

Uno de los puntos centrales que rescataría del texto es el uso de la temporalidad. Es bastante común que libros como éste, que son grandes cuadros sincrónicos de funcionamiento estructural global, descuiden por obvias razones la dimensión temporal. Lo digo, no porque todo libro tenga que estar organizado desde una lógica histórica de la indagación o como un cuadro de “antecedentes”, sino porque a veces la dimensión temporal ayuda a comprender cuánto de sucesos “nuevos” son reediciones de procedimientos históricos refuncionalizados. En este caso, la estrategia es justamente ésa. *Violencias de Estado* comienza con un decurso más o menos extenso y cuidadoso sobre los fantasmas y los escándalos de la modernidad, para centrarse específicamente en el reordenamiento en el que los totalitarismos, los terrorismos de Estado y sus mecanismos de control y sostén, así como los genocidios del siglo xx, recompusieron los términos del funcionamiento actual de las violencias estatales en órdenes formalmente democráticos y de derecho.

Diría que este libro pertenece a esa corriente productiva que intenta pensar a la modernidad en las contradicciones históricas que produce; encuentra en ese orden los gérmenes de su propia negación. Hay dos

cuadros centrales al respecto que deseo destacar: un cuestionamiento al humanismo dentro del espíritu de las “violencias de Estado”, y el tratamiento de los cuerpos y de la tortura.

Por cuestionamiento del humanismo me refiero a que esta refuncionalización de la violencia se vuelve posible, porque una noción de crisis civilizatoria la ampara; una noción fabricada de peligro que acecha a Occidente y que, si bien es profundamente medieval, la modernidad sólo la había puesto a salvo con una estrategia imperial de fagocitación histórica. En el excelente y agudo análisis de Pilar sobre las fotos de Abu Ghraib, entre otras, no solamente emerge una descarada historia de desprecio por la naturaleza del otro, sino que desnuda, precisamente, la condición tramposa del humanismo – como afirmaba Franz Fanon en 1960–. En una brillante conversación con Aimé Césaire, Fanon planteaba:

Lo que el orden de posguerra nos permite ver es que el humanismo triunfa no por su concepto de igualdad, sino porque con una noción de matriz civilizatoria como historia, supo ocultar la idea subyacente de que hay unos más humanos que otros, o más exactamente, algunos somos humanos con retraso, porque la historia nos llegó tarde. Para con nosotros, la caridad o la violencia son dos caras de la misma moneda del poder imperial internacional [Césaire, 1961:41].

Violencias de Estado lleva esta afirmación hasta sus límites, la muestra en su metamorfosis contemporánea, a la vez que advierte, por supuesto, que el miedo también pertenece al imperio cuando los acontecimientos dejaron al desnudo que éste no es infranqueable, impenetrable ni eterno.

En cuanto a la refuncionalización de la tortura, el libro expone un nudo gordiano de la violencia de hoy en día. La tortura anula el cuerpo del otro, lo indiferencia, lo objetiviza, intenta despojarlo de toda humanidad posible. Y, sin embargo, sucede. Sabemos que sucede. Žižek dijo hace algunos años que el problema con la tortura que infligía EUA contra los soldados irakíes no era su existencia, sino los regímenes de enunciación de su existencia: como un mal indeseable, pero necesario; como una opción política que debía redefinirse legalmente, en lo que aquí Pilar llama “flexibilización del derecho”, exponiendo su necesidad como *técnicas reforzadas de investigación*, y proponiendo una solución específica para expiar culpas: su terciarización. Guantánamo, Abu

Ghraib, siempre son de algún modo espacios periféricos donde las negaciones de la modernidad deben exponerse como expiación y castigo. La superposición de esta ductibilidad legal con un discurso democrático sobre seguridad y guerra y la combinación de circuitos de tortura y desaparición de personas que vuelven a poner en funcionamiento las opciones más siniestras de las “doctrinas de seguridad nacional” latinoamericanas, hacen de este escenario global una inédita combinación de temporalidades superpuestas e imaginarios de modernidad y tradición donde la violencia circula con una impunidad arrolladora.

Estampa 3. La escritura-El ordenamiento del horror

La estrategia de escritura es crucial en *Violencias de Estado*. Una de las cosas que me impactaron desde la primera lectura del libro fue la capacidad de desplegar en la escritura un recorte complejo de opciones teóricas, al inicio, y un cuadro de sincronidad en la que ordena su archivo, después. Éste último es apabullante, ensordece, paraliza por momentos: no porque los lectores posibles “no supiéramos” la gravedad de las cifras de detenidos, muertos y desaparecidos pronunciadas hasta la extenuación en los discursos periodísticos, no porque no tuviéramos en la mente las fotografías de Abu Ghraib o los datos de Guantánamo, creo que el impacto del texto de Pilar es justamente su ordenamiento. Quiero decir: si hay algo que el Estado burocrático enseñó, y que fue su primer mandato como tutela poblacional desde fines del siglo XIX, es que la información sirve sólo cuando puede ser clasificada, taxonomizada, convertida en un *arkheion* y en un *arche* –para usar el juego derridiano–, cuando es ordenada como archivo. Pero esa misma estrategia puede ser utilizada para desvincular, fragmentar, confundir e impedir la explicación.

En este caso, Calveiro utiliza la estrategia de escritura a modo de un despliegue explicativo que jerarquiza, ordena y recompone lo que el sistema de desinformaciones impide precisar.

El manejo de las fuentes es prolijo, selectivo, cuidadoso. La autora desconfía de los números, descompone la estrategia de producción de la evidencia, y ahí también muestra la trampa del Estado en su violencia sémica. El tratamiento de las fotografías de campos de detención clandestinos está seguido por un análisis

meticuloso de testimonios de presos en cárceles de media y máxima seguridad mexicanas. El testimonio –tema por el cual también es reconocida Pilar desde otros textos, está labrado con la respetuosa y sólida labor de interpretación. Una interpretación basada, sobre todo, en la escucha.

Violencias de Estado es, por momentos, casi un libro objeto: implacable, se deja leer, ver y escuchar. Sostiene la crítica textual que un buen autor es capaz de hablar con muchas voces y de sostener un argumento propio a partir de ellas. Y eso es exactamente lo que lleva a cabo Pilar Calveiro en *Violencias de Estado*.

Referencias

- Calveiro, Pilar (2012), *Violencias de Estado. La guerra antiterrorista y la guerra contra el crimen como medios de control global*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Césaire, Aimé (1961), “Revolution et culture nationale” en *Présence Africaine*, vols. 161-162, París, Présence Africaine.
- Magubane, Zine (2004), “Politics, State, imagination” en *Tropos*, no. 4.
- Žižek, Slavoj (2004), “Las estructuras actuales de la dominación y los límites de la democracia”, conferencia dictada en la Universidad de Buenos Aires el 12 mayo. Disponible en [http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=834]. Fecha de consulta: 1 de julio de 2013.